

Corea cotidiana

Corea: apuntes desde la cuerda floja

ANDRÉS FELIPE SOLANO

Editorial Planeta, Bogotá, 2016, 205 págs.

EL 2 de septiembre de 1855, durante el primer año de los más de quince que vivió en Nueva York, el escritor y diplomático Rafael Pombo plasmó en su diario lo siguiente:

Creo que se inventarán *zapatos* de volar, –que cada ruido será una melodía– cada olor un perfume, y que el hombre ha de disputar al águila el imperio del viento. Hoy nada hay escrito que valga la pena, al tomar la pluma se va el pensamiento; pero habrá *escritura eléctrica* y cada borbotón del alma quedará traducido en signos al momento.

Como Pombo lo manifiesta también en el *Diario*, su viaje a Nueva York tiene la intención de “espíar el siglo XIX”, de habitar y recorrer una metrópolis que es símbolo de la modernidad naciente, de conocer los últimos desarrollos en las artes y las ciencias.

De ahí que no sea raro que más de ciento cincuenta años después, otro escritor, bogotano, también se deje llevar por ensoñaciones futuristas mientras describe cómo es su primer año de estadía, esta vez en la ciudad de Seúl. Se trata de Andrés Felipe Solano y de su libro *Corea: apuntes desde la cuerda floja*.

Luego de visitar una tienda por departamentos y de ver en la entrada a un robot con apariencia femenina dando la bienvenida a los clientes, Solano se pregunta:

¿Existirá algo así como una violación o abuso de un robot? ¿Los robots podrán heredar los bienes de su pareja humana? ¿Se crearán códigos de policía para androides? ¿Existirán robots libres, sin dueño? [pág. 62].

Igualmente, cuando Solano va a una biblioteca y hojea un libro de fotografías de William Eggleston, afirma:

Me imagino que en cinco años saldrá una nueva edición holográfica, en cinco tomos, con un mechón de pelo de Eggleston incluido. Siempre habrá más y más para comprar [pág. 100].

Y es que si bien la primera referencia que en estas tierras se puede tener acerca de Corea del Sur es la de su largo conflicto con su hermana melliza, la República Popular Democrática de Corea (mejor conocida como Corea del Norte), cualquier entusiasta de la tecnología puede dar cuenta de su gran desarrollo industrial y su papel central en la nueva era de la globalización y el capitalismo. Corea es la sede de multinacionales como Samsung, Hyundai o LG; además, son muy altas las probabilidades de que cualquier aficionado a los videojuegos en línea tenga que enfrentarse en algún punto contra un coreano (y quizás todavía más altas son las probabilidades de que pierda). El K-pop a su vez es una tendencia musical que mediante el internet y las redes sociales ha logrado tener influencia mundial, como en su momento lo demostró el fenómeno del *Gangnam Style*.

Seúl, donde Andrés Felipe Solano habita desde 2013, es por ello uno de esos lugares del este de Asia, como Tokio o Shanghái, que representan la metrópolis posmoderna o la ciudad del siglo XXI. Un hecho que en nuestro imaginario occidental se viene presentando desde la década del ochenta con las novelas o películas pertenecientes a los movimientos *cyberpunk* y *post-cyberpunk*, como *Akira*, de Katsuhiro Otomo; *Neuromancer*, de William Gibson; *La era del diamante*, de Neal Stephenson, o *Cloud Atlas*, de las hermanas Wachowski (en la que se retrata la Neo Seúl de 2144).

Pero mientras en Pombo se daba una noción de un progreso lineal, con todas sus virtudes y horrores, yendo siempre en una misma dirección, ya no resulta ser así en Andrés Felipe Solano. La sociedad coreana que este autor retrata muestra precisamente esas contradicciones en las que se mueve, ese tambalearse entre una sociedad moderna y abierta al mundo occidental y otra que sigue anclada en sus tradiciones. Si por un lado hay robots en las tiendas por departamentos, inmensas multitudes caminando por las calles más atentas a su celular que al tráfico y altos rascacielos, por el otro, no hay tiendas de tatuajes; de hecho, tener alguno es reprochable y la sociedad se mueve todavía en un modelo confucionista en el que lo

importante es la familia y su linaje. Además, es fuertemente supersticiosa, necesita siempre de un brujo o de algún complejo ritual a la hora de tomar decisiones o de hacer algo tan sencillo como mudarse de apartamento.

Si la relación de Corea con la modernidad es ambigua, no lo es menos su relación con el mundo occidental. Este hecho se encuentra incluso anclado en sus tradiciones y creencias. El cristianismo con sus vertientes es la religión que cuenta con más adeptos en este país. Por otra parte, uno de los legados de su conflicto con el país hermano es precisamente una inmensa base militar (Yongsan) controlada por el ejército de Estados Unidos que en algún momento Solano tiene la oportunidad de visitar. Esta relación con el país norteamericano, un aliado en su conflicto con Corea del Norte pero a la vez un invasor, ha generado cierto amor-odio hacia él. Si bien de aquí han salido fenómenos culturales y musicales como el rock coreano, las manifestaciones en contra de la ocupación estadounidense, aunque intermitentes, han sido reiteradas.

Precisamente, 2013, año en el que se desarrolla la crónica de Solano, resulta interesante por cuanto muestra las paradojas de la historia y el hecho de que, pese a su división en la guerra, las dos Coreas son dos caras de una misma moneda: “Increíble: tanto Corea del Norte como Corea del Sur hoy están gobernados por hijos de dictadores” [pág. 43]. En este año sale elegida como presidenta de Corea del Sur Park Geun-Hye, hija de un dictador que gobernó en este país durante casi veinte años, entre las décadas del sesenta y del setenta. A la par, en el país vecino del norte, Kim Jong-un acaba de suceder a su padre en el poder y la forma de reafirmar su todavía inestable autoridad es lanzar constantes amenazas contra su hermano del sur. Este hecho nos muestra que si bien la guerra entre las dos Coreas terminó en un armisticio, la tensión es constante y los coreanos han aprendido a aceptar esto como un fenómeno tan natural como el transcurrir de las estaciones.

Siempre atento a lo que sucede a su alrededor, Solano tampoco puede evitar dar cuenta de lo que a él le sucede, de describir su cotidianidad en el país en el que está viviendo, su relación con

NARRATIVA		RESEÑAS
<p>sus habitantes y con aquellos amigos y familiares que quedaron en Colombia. En este recuento de su vida en Corea, una constante es el idioma como una barrera que lo aísla de su entorno: no puede expresar sino ideas básicas en coreano. Pero si el idioma abre una brecha entre él y los demás, esta se extiende aún más con las costumbres sociales, por ejemplo, en el saludo, ya que en ellas no es frecuente un apretón de manos, un abrazo o un beso en la mejilla, sino que se restringen a una simple inclinación respetuosa. Y así, siendo un extraño en tierra extraña, sus relaciones con su país también empiezan a diluirse: “Las caras de los conocidos se van borrando una a una y no las puedo reemplazar por otras” [pág. 159].</p> <p>¿Qué hace entonces un colombiano en un lugar tan remoto? Las respuestas pueden ser variadas. Quizás se encuentre tomando distancia de un país indulgente y de una ciudad arribista, que lo exasperan. Quizás necesite aislarse para poder desarrollar su oficio: escribir. Quizás esté huyendo de una vida segura, con un sueldo fijo, prestaciones y aportes a la salud y un horario de oficina, para vivir una vida de riesgos, haciendo artículos por encargo y dictando talleres de traducción, buscando día a día ingresos de diversas fuentes para su subsistencia. O quizás le esté apostando al amor, a su matrimonio con Cecilia Soojeong Yi, una coreana a la que conoció durante su primera estadía en ese país, algunos años antes, gracias a una residencia literaria que lo llevó hasta ese remoto lugar.</p> <p>Una de las grandes virtudes de este libro de Andrés Felipe Solano se encuentra precisamente en su título: apuntes. Cubriendo un año de su vida en Seúl, dividiendo el relato en cuatro estaciones (invierno, primavera, verano, otoño), este libro no intenta convertirse en una narrativa continua, fría y aferrada a los hechos. Cada una de las estaciones se encuentra dividida en fragmentos que se desarrollan con pequeñas anécdotas, reflexiones o citas de libros que el autor lee. Lo que hay aquí no es una crónica en el sentido estricto, sino apuntes cotidianos, momentos que se sienten como si hubiesen sido captados en el instante en que estaban sucediendo, con toda</p>	<p>la perplejidad y sinceridad que hay en los actos espontáneos.</p> <p style="text-align: right;">Cristian Soler</p>	